TRATADO BREVE SOBRE LA CENA DEL SEÑOR

Juan Calvino

Tabla de contenidos

Introducción

Tratado breve sobre la Santa Cena de nuestro Señor y único Salvador Jesucristo

I: Razón para la Institución de la Santa Cena

II: Beneficios de la Santa Cena

III. El uso correcto de la Santa Cena

IV. Errores que corrompen la Santa Cena

V. La presente controversia

TRATADO BREVE SOBRE LA CENA DEL SEÑOR

Juan Calvino

TRATADO BREVE SOBRE LA CENA DEL SEÑOR

Juan Calvino

Derechos de autor ©Libros de monergismo

Tratado breve sobre la Cena del Señor

por Juan Calvino

TABLA DE CONTENIDOS

Introducción

Tratado breve sobre la Santa Cena de nuestro Señor y único Salvador Jesucristo

I: Razón para la Institución de la Santa Cena

II: Beneficios de la Santa Cena

III. El uso correcto de la Santa Cena

IV. Errores que corrompen la Santa Cena

V. La presente controversia

INTRODUCCIÓN

Poco es necesario decir a modo de explicación del Tratado breve, ya que lleva dentro de sí su propia exposición. En las ediciones de los Institutos de 1536 y 1539, así como en el Catecismo anterior mencionado en el prefacio al Catecismo publicado en este volumen, Calvino ya había expuesto sus puntos de vista sobre la naturaleza de la Santa Cena. Pero el momento estaba maduro para algo más y para otro. La controversia entre luteranos y zwinglianos se desató amargamente y agitó profundamente las mentes de la gente común. Había espacio, como dice C.R., para un pequeño libro especialmente escrito en su francés nativo, para mostrar con calma y claridad un camino intermedio entre las partes contendientes. El Tratado fue escrito en 1540, y parece haber sido, después de algunas dificultades para encontrar un impresor, publicado en Ginebra al año siguiente.

La doctrina de Calvino se expone aquí con la mayor claridad, y en sus líneas maestras se repite en otras obras mucho más largas y controvertidas, pero no con la misma lucidez. Deja a un lado la opinión de que los elementos de la Santa Cena son simples signos, figuras o símbolos; por otro lado, como aparece con mayor énfasis en otras partes, vuelve su rostro contra cualquier punto de vista que ataría el cuerpo de Cristo a los elementos hasta el punto de someterlo a ser consumido por comulgantes indignos. Afirma una presencia verdadera y real de Cristo en los elementos. Gozan de esta presencia y de todas las bendiciones aliadas quienes, cumpliendo con el primitivo mandato eucarístico, elevan sus mentes y corazones a lo alto, y así, sin detenerse en los signos visibles, participan de los dones que Cristo crucificado procuró y Cristo exaltado dispensa.

Casi tan notable como la firme precisión de los contenidos del Tratado, es el tono desapasionado y conciliador en el que se hace referencia a las partes en disputa dentro de la Iglesia Reformada. Es un tono, hay que reconocerlo, que no se mantiene en todos sus escritos polémicos posteriores. Aquí, sin embargo, su objetivo expreso es explicar, si no justificar, la agudeza del debate a aquellos afligidos por la aparición de la controversia, y este propósito apologético se ve admirablemente adelantado por el tono eirénico en el que está expresado el conjunto.

Las variaciones textuales en este Tratado son insignificantes, en el sentido de que el significado nunca está en duda. Tampoco ha parecido a menudo que valga la pena llamar la atención sobre ellos.

Aquí, como en otras partes, se han introducido párrafos más cortos, y para facilitar el seguimiento del argumento, las divisiones a las que se refiere Calvino en el texto se han marcado como secciones separadas. (Véase C.R. V, xlix.)

Tratado breve sobre la Santa Cena

de nuestro Señor y único Salvador Jesucristo

Debido a que el santo sacramento de la Cena de nuestro Señor Jesucristo ha estado durante mucho tiempo enredado en varios errores importantes, y durante estos últimos años se ha visto envuelto de nuevo en diversas opiniones y disputas contenciosas, no es de extrañar que las conciencias débiles no puedan resolver correctamente qué punto de vista deben tener, sino que permanezcan en la duda y la perplejidad. esperando hasta que, habiendo sido dejadas a un lado todas las contenciones, los siervos de Dios lleguen a algún acuerdo sobre el asunto. Sin embargo, puesto que es un asunto muy peligroso no tener ninguna certeza acerca de esta ordenanza, cuyo conocimiento es tan necesario para nuestra salvación, he pensado que sería un trabajo muy útil tratar de extraer brevemente y sin embargo claramente la sustancia principal de lo que es necesario saber sobre el asunto. Hay que añadir que me lo han pedido ciertas personas dignas, que se dieron cuenta de la necesidad de ello, y a quienes no podía negarme sin violar mi deber.

Pero para librarse de toda dificultad, es conveniente anotar el orden que me propongo seguir. Primero, pues, expondremos con qué fin y por qué razón el Señor instituyó este santo sacramento para nosotros. Segundo, qué fruto y beneficio obtendremos de él, cuando igualmente se nos mostrará cómo se nos da el cuerpo de Jesucristo. Después de esto, cuál es su uso legítimo. En cuarto lugar, detallaremos con qué errores y supersticiones ha sido contaminado, y dónde también se mostrará cuán diferentes deben ser los siervos de Dios de los papistas. Y por último, mencionaremos cuál ha sido el origen de la disputa, que se ha llevado a cabo tan agudamente, incluso entre aquellos que en nuestro tiempo han sacado a la luz el Evangelio y se han ocupado en edificar correctamente a la Iglesia en la sana doctrina.

I: RAZÓN PARA LA INSTITUCIÓN DE LA SANTA CENA

En cuanto al primer artículo: Puesto que agradó a nuestro amado Dios recibirnos por el bautismo en su Iglesia, que es su casa, y que él mantendrá y gobernará, y puesto que nos ha recibido no sólo para tenernos como siervos, sino como sus propios hijos, resta que, para desempeñar el oficio de padre amoroso, Él nos alimenta y provee todo lo que es necesario para la vida. En cuanto a la alimentación corporal, como es común a todos, y los malos tienen parte en ella como los buenos, no es peculiar de su familia. Es muy cierto que lo tenemos como prueba de su bondad paternal al mantenernos en lo que se refiere al cuerpo, procurando que participemos de todas las cosas buenas que con su bendición nos da. Pero así como la vida a la que nos ha regenerado es espiritual, así también el alimento para preservarnos y confirmarnos en ella debe ser espiritual. Porque debemos entender que no sólo nos ha llamado a poseer un día su herencia celestial, sino que por esperanza ya nos ha instalado en cierta medida en su posesión; que no solo nos ha prometido la vida, sino que ya nos ha trasladado a ella, librándonos de la muerte. Y esto cuando, al adoptarnos como niños, nos engendró de nuevo por la semilla de la inmortalidad, que es su Palabra impresa en nuestros corazones por su Espíritu Santo.

Para mantenernos en esta vida, entonces, lo que se requiere no es alimentar nuestros cuerpos con provisiones corruptibles y transitorias, sino nutrir nuestras almas con una dieta mejor y más preciosa. Ahora bien, toda la Escritura nos dice que el pan espiritual por el cual nuestras almas son sustentadas es la misma Palabra por la cual nuestro Señor nos regeneró. Pero a menudo añade el fundamento de esto, que en ella Jesucristo, que es el único que es nuestra vida, es dado y administrado. Porque no debemos pensar que hay vida en otro lugar sino en Dios. Pero así como Dios puso toda la plenitud de vida en Jesús, para comunicárnosla por medio de él, así también ha ordenado su Palabra como instrumento por el cual Jesucristo, con todos sus beneficios, nos es dispensado. Sin embargo, siempre es cierto que nuestras almas no tienen otro pasto que Jesucristo. Por lo tanto, el Padre celestial, en su cuidado de alimentarnos, no nos da nada más, sino que nos recomienda que nos saciemos allí, como de un refrigerio manifiestamente suficiente, del que no podemos prescindir, y más allá del cual es imposible encontrar otro más.

Ya hemos visto cómo Jesucristo es la única provisión por la cual nuestras almas son nutridas. Pero porque es distribuida por la Palabra del Señor, que él ha designado como instrumento para este fin, también se le llama pan y agua. Ahora bien, lo que se dice del Verbo pertenece también al sacramento de la Cena, por medio del cual el Señor nos conduce a la comunión con Jesucristo. Porque viendo que somos tan necios que no podemos recibirlo con verdadera confianza de corazón, cuando se le presenta con una enseñanza y predicación sencillas, el Padre, por su misericordia, no desdeñando en absoluto condescender en este asunto a nuestra flaqueza, ha querido poner a su Palabra un signo visible, con el cual representa la sustancia de sus promesas, para confirmarnos y fortalecernos, y para librarnos de toda duda e incertidumbre. Puesto que es un misterio tan alto e incomprensible cuando decimos que tenemos comunión con el cuerpo y la

sangre de Jesucristo, y puesto que nosotros, por nuestra parte, somos tan groseros y groseros que no podemos entender las cosas más pequeñas acerca de Dios, fue de importancia que Él nos diera a entender, según nuestras capacidades pudieran soportarlo. Por esta razón, el Señor instituyó para nosotros su Cena, a fin de firmar y sellar en nuestras conciencias las promesas contenidas en su evangelio acerca de que seamos hechos partícipes de su cuerpo y sangre; y para darnos certeza y seguridad de que en esto consiste nuestro verdadero alimento espiritual; a fin de que, teniendo tal fervor, pudiéramos tener una certeza correcta acerca de la salvación. En segundo lugar, con el propósito de incitarnos a reconocer su gran bondad para con nosotros, para que la alabemos y magnifiquemos más plenamente. Tercero, exhortarnos a toda santidad e inocencia, siendo miembros de Jesucristo, y particularmente a la unidad y a la caridad fraterna, como se nos recomienda especialmente. Cuando hayamos tomado buena nota de estas tres razones que nuestro Señor impuso al ordenar su Cena para nosotros, estaremos en condiciones de comprender tanto los beneficios que se derivan de ella como el deber de utilizarla correctamente.

II: BENEFICIOS DE LA SANTA CENA

Ahora es el momento de llegar al segundo punto, es decir, mostrar cuán provechosa es la Cena de nuestro Señor para nosotros, a condición de que hagamos un uso provechoso de ella. Ahora comprenderemos su utilidad reflexionando sobre nuestra indigencia, a la que es una ayuda. Es necesario que estemos en grandes problemas y angustias de conciencia, cuando consideramos quiénes somos y examinamos lo que hay en nosotros. Porque no hay ninguno de nosotros que pueda hallar un solo grano de justicia en sí mismo; sino que, por el contrario, todos estamos llenos de pecado e iniquidad; Tanto es así que no se necesita otra parte que nos acuse, sino nuestra propia conciencia, ningún otro juez que nos condene. De esto se deduce que la ira de Dios se enciende contra nosotros, y no hay nadie que pueda escapar de la muerte eterna. Si no somos indolentes y estúpidos, este horrible pensamiento debe ser una especie de infierno perpetuo para fastidiarnos y atormentarnos. Porque el juicio de Dios no puede ocurrir a nuestra memoria sin que veamos que nuestra condenación sigue como consecuencia. Entonces ya estamos en el abismo de la muerte, a menos que nuestro Dios amoroso nos saque de allí. Además, ¿qué esperanza de resurrección podemos tener, considerando nuestra carne, que no es más que podredumbre y corrupción? Así, en lo que se refiere al alma, así como al cuerpo, somos más que miserables si permanecemos dentro de nosotros mismos; Y sólo puede ser que tengamos una gran tristeza y angustia por el sentimiento de tanta miseria. Ahora nuestro Padre celestial, para socorrernos de ella, nos da la Cena como un espejo en el que contemplamos a nuestro Señor Jesucristo crucificado para abolir nuestras faltas y ofensas, y resucitado para librarnos de la corrupción y la muerte, y restaurarnos a una inmortalidad celestial. He aquí, pues, el peculiar consuelo que recibimos de la Cena, que nos dirige y conduce a la cruz de Jesucristo y a su resurrección, para asegurarnos de que, cualquiera que sea la iniquidad que pueda haber en nosotros, el Señor no cesa de considerarnos y aceptarnos como justos; Cualquiera que sea el material de muerte que haya en nosotros, no cesa de vivificarnos; Cualquiera que sea la miseria que tengamos, sin embargo, Él no cesa de llenarnos de toda felicidad.

O para explicar el asunto más simplemente, como nosotros en nosotros mismos carecemos de todo bien y no tenemos ni una partícula de lo que podría ayudarnos a la salvación, la Cena es testimonio de que, siendo hechos partícipes de la muerte y pasión de Jesucristo, tenemos todo lo que es útil y saludable para nosotros. Por lo tanto, podemos decir que el Señor aquí nos muestra todos los tesoros de su gracia espiritual, viendo que nos hace asociados de todas las bendiciones y riquezas de nuestro Señor Jesucristo. Recordemos, pues, que la Cena se nos da como un espejo, en el que podemos contemplar a Jesucristo crucificado para librarnos de la condenación, y resucitado para procurarnos justicia y vida eterna. Es verdad que esta misma gracia nos es ofrecida por el Evangelio; sin embargo, como en la Cena tenemos una certeza más amplia y un goce más pleno, es con razón que reconocemos tal fruto como procedente de ella.

Pero como las bendiciones de Jesucristo no nos pertenecen en absoluto, a menos que él sea primero nuestro, es necesario en primer lugar que nos sea dado en la Cena, para que las cosas que hemos mencionado se cumplan realmente en nosotros. Por esta razón, suelo

decir que la materia y sustancia de los sacramentos es el Señor Jesucristo, y la eficacia de ellos son los dones y bendiciones que tenemos por medio de él. Ahora bien, el efecto de la Cena es confirmarnos la reconciliación que tenemos con Dios por medio de su muerte y pasión; el lavamiento de nuestras almas que tenemos por el derramamiento de su sangre; la justicia que tenemos en su obediencia; en resumen, la esperanza de salvación que tenemos de todo lo que Él ha hecho por nosotros. Es necesario, pues, que la sustancia se una a éstas, de lo contrario nada sería firme ni seguro. Por lo tanto, debemos concluir que en la Cena se nos presentan dos cosas: Jesucristo como fuente y sustancia de todo bien; y segundo, el fruto y eficacia de su muerte y pasión. Esto está implícito también en las palabras que allí se usan. Porque al mandarnos que comiéramos su cuerpo y bebiéramos su sangre, añadió que su cuerpo había sido entregado por nosotros, y que su sangre había sido derramada para perdón de nuestros pecados. Con esto declara, en primer lugar, que no debemos simplemente comulgar en su cuerpo y sangre, sin más consideración, sino recibir el fruto que nos viene de su muerte y pasión; y segundo, que sólo podemos alcanzar el disfrute de tal fruto participando en su cuerpo y sangre, de la cual es el producto.

Comenzamos ahora a entrar en la cuestión tan discutida tanto en la antigüedad como en los días presentes: cómo deben entenderse estas palabras, en las que el pan se llama el cuerpo de Jesucristo, y el vino su sangre. Esto puede ser resuelto sin gran dificultad, si recordamos cuidadosamente el principio que he establecido. Es que todo beneficio que deberíamos buscar de la Cena queda anulado, a menos que Jesucristo sea allí dado a nosotros como sustancia y fundamento de todo. Convenido esto, confesaremos sin duda que negar la verdadera comunicación de Jesucristo que se nos ofrecerá en la Cena es hacer este santo sacramento frívolo e inútil, una blasfemia execrable e indigna de atención. Además, si la razón para comunicarnos con Jesucristo es para que tengamos parte y porción en todos los dones que él nos ha procurado con su muerte, no es sólo cuestión de ser partícipes de su Espíritu; también es necesario participar de su humanidad, en la que prestó completa obediencia a Dios su Padre, para satisfacer nuestras deudas; Aunque hablando con razón, lo uno no puede ser sin lo otro. Porque cuando se da a sí mismo a nosotros, es para que lo poseamos por completo. Por eso, así como se dice que su Espíritu es nuestra vida, así él mismo declara con su propia boca que su carne es verdaderamente alimento, y su sangre verdaderamente bebida. Si estas palabras no se dicen en vano, se sigue que para tener nuestra vida en Cristo, nuestras almas deben alimentarse de su cuerpo y de su sangre, como su alimento adecuado. Esto, pues, lo testificamos expresamente en la Cena, cuando se nos dice del pan, que lo tomamos y lo comemos, y que es su cuerpo; y que bebemos del cáliz y que es su sangre. Se dice expresamente del cuerpo y de la sangre, para que aprendamos a buscar en ellos la sustancia de nuestra vida espiritual. Ahora bien, si se pregunta, sin embargo, si el pan es el cuerpo de Cristo y el vino su sangre, responderíamos que el pan y el vino son signos visibles que nos representan el cuerpo y la sangre; sino que se les atribuye el nombre y título de cuerpo y sangre, porque son como instrumentos por medio de los cuales nuestro Señor Jesucristo nos los distribuye. Esta forma y modo de hablar es, en principio, muy apropiado. Porque, aunque pueda ser que la comunión que tenemos con el cuerpo de Cristo sea algo incomprensible, no sólo a la vista, sino también a nuestro sentido natural, allí se nos muestra visiblemente. De esto tenemos un ejemplo muy apropiado en un caso similar.

Nuestro Señor, queriendo en su bautismo dar apariencia visible a su Espíritu, lo representó bajo la forma de una paloma. Juan el Bautista, al relatar esta historia, dice que vio descender al Espíritu Santo. Si indagamos más de cerca, encontramos que él sólo vio la paloma, porque el Espíritu Santo es esencialmente invisible. Sin embargo, sabiendo que esta visión no es una figura vacía, sino un signo cierto de la presencia del Espíritu Santo, no duda en decir que la vio, porque se le representa según su capacidad. Es así con la comunión que tenemos con el cuerpo y la sangre de nuestro Señor. Es un misterio espiritual, que no puede ser visto por el ojo, ni comprendido por el entendimiento humano. Por lo tanto, está simbolizado por signos visibles, como lo requiere nuestra enfermedad, pero de tal manera que no es una figura desnuda, sino unida a su realidad y sustancia. Por lo tanto, es con razón que el pan se llama cuerpo, ya que no sólo nos lo representa, sino que también nos lo presenta. Por lo tanto, concederemos fácilmente que el nombre de cuerpo de Jesucristo se transfiere al pan, ya que es el sacramento y la figura del mismo. Pero añadimos también que los sacramentos del Señor no deben ni pueden separarse en absoluto de su realidad y sustancia. Distinguirlos para que no se confundan no sólo es bueno y razonable, sino totalmente necesario. Pero dividirlos para ponerlos uno sin el otro es absurdo. Por lo tanto, cuando vemos el signo visible, debemos considerar qué representación lleva y quién nos lo da. El pan se da para simbolizar el cuerpo de Jesucristo, con el mandato de que lo comamos; y nos es dada por Dios, que es la verdad cierta e inmutable. Si Dios no puede engañar o mentir, se deduce que realiza todo lo que significa. Entonces debemos recibir realmente en la Cena el cuerpo y la sangre de Jesucristo, ya que el Señor allí representa para nosotros la comunión de ambos. De lo contrario, ¿qué significaría que comamos el pan y bebamos el vino como señal de que su carne es nuestro alimento y su sangre nuestra bebida, si él solo dio pan y vino y dejó atrás la realidad espiritual? ¿No sería bajo falsos colores que había instituido este misterio? Tenemos, pues, que si la representación que Dios concede en la Cena es verdadera, la sustancia interna del sacramento se une a los signos visibles; y así como el pan se distribuye a mano, así se nos comunica el cuerpo de Cristo, de modo que somos hechos partícipes de él. Si no hubiera nada más, tenemos buenas razones para estar satisfechos cuando nos damos cuenta de que Jesucristo nos da en la Cena la verdadera sustancia de su cuerpo y su sangre, para que podamos poseerlo plenamente y, poseyéndolo, tener parte en todas sus bendiciones. Porque desde que lo tenemos, todas las riquezas de Dios que en él están comprendidas, nos son ofrecidas para que sean nuestras. Así, como una breve definición de este beneficio de la Cena, podemos decir que Jesucristo se nos ofrece allí para que lo poseamos, y en él toda la plenitud de sus dones que podamos desear; y que en esto tenemos gran ayuda para confirmar nuestra conciencia en la fe que debemos tener en él.

El segundo beneficio que nos proporciona la Cena es que nos insta e incita a reconocer mejor las bendiciones que hemos recibido y que recibimos diariamente del Señor Jesucristo, para que podamos rendirle la ofrenda de alabanza que le corresponde. Porque nosotros mismos somos tan negligentes que es raro que meditemos en la bondad de Dios, a menos que nos despierte de nuestra indolencia y nos impulse a cumplir con nuestro deber. Ahora bien, no podemos concebir tener un acicate que nos pinche más bruscamente en la vida que cuando nos hace, por así decirlo, ver con los ojos y tocar con

la mano y sentir manifiestamente una bendición tan inestimable, que nos alimentamos de su propia sustancia. Él significará esto al ordenar que mostremos su muerte hasta que él venga. Si, pues, es tan necesario para la salvación no pasar por alto los dones que Dios nos ha hecho, sino tenerlos en cuenta diligentemente y alabarlos a los demás para la mutua edificación, en esto vemos otro beneficio sobresaliente de la Cena, que nos aparta de la ingratitud y no nos permite olvidar el bien que nuestro Señor nos hizo al morir por nosotros. sino que más bien nos induce a darle gracias y, por decirlo así, mediante una confesión pública, a protestar cuánto le debemos.

El tercer beneficio consiste en que tengamos una vehemente incitación a la vida santa y, sobre todo, a observar la caridad y el amor fraterno entre nosotros. Porque puesto que allí somos hechos miembros de Jesucristo, incorporados a él y unidos a él como a nuestra Cabeza, esta es una buena razón, en primer lugar, para que seamos conformes a su pureza e inocencia, y especialmente para que tengamos entre nosotros la caridad y concordia que deben tener los miembros del mismo cuerpo. Para comprender bien este beneficio, no debemos suponer que nuestro Señor solo advierte, incita e inflama nuestros corazones con el signo externo, porque lo principal es que Él cuida de nosotros internamente por su Espíritu Santo, para dar eficacia a su ordenanza, que ha destinado para este propósito, como un instrumento por el cual hará su obra en nosotros. Por lo tanto, viendo que la virtud del Espíritu Santo se une a los sacramentos cuando se reciben debidamente, tenemos motivos para esperar que nos proporcionen un buen medio y asistencia para nuestro crecimiento y progreso en la santidad de vida y especialmente en la caridad.

III: EL USO RECTO DE LA SANTA CENA

Vayamos al tercer punto principal que propusimos al principio de este tratado, es decir, al uso correcto, que consiste en observar con reverencia la institución de nuestro Señor. Porque quien se acerca a este santo sacramento con desprecio o indiferencia, sin preocuparse mucho de seguir a donde Nuestro Señor lo llama, lo usa perversamente y así lo contamina. Ahora bien, profanar y contaminar lo que Dios ha santificado es un sacrilegio intolerable. No es, pues, sin razón que Pablo lanza una condena tan grave sobre aquellos que la toman indignamente. Porque si no hay nada en el cielo ni en la tierra de mayor valor y dignidad que el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, no es poca falta tomarlo con desconsideración y sin estar bien preparado. Por lo tanto, nos exhorta a examinarnos bien a nosotros mismos, para usarlo correctamente. Cuando comprendamos qué clase de examen debe ser éste, sabremos el uso que buscamos.

Ahora debemos estar aquí bien en guardia. Porque, así como no podemos esforzarnos demasiado en examinarnos a nosotros mismos, como nuestro Señor manda, así también, por otra parte, los doctores de la sofistería han llevado a las pobres conciencias a una perplejidad peligrosa, o más bien a un infierno terrible, al exigir no sé qué clase de examen, por el cual no pueden pasar. Para librarnos de todos estos problemas, debemos reducirlo todo, como ya he dicho, a la ordenanza de nuestro Señor, como a una regla que no nos permitirá equivocarnos si la seguimos. Al seguirla, tenemos que examinar si tenemos un verdadero arrepentimiento en nosotros mismos y una verdadera fe en nuestro Señor Jesucristo. Estas dos cosas están tan unidas que la una no puede estar sin la otra. Porque si pensamos que nuestra vida está ubicada en Cristo, debemos reconocer que en nosotros mismos estamos muertos. Si buscamos en él nuestra fuerza, debemos comprender que en nosotros mismos somos débiles. Si juzgamos que toda nuestra felicidad está en su gracia, debemos comprender cuán grande es nuestra miseria sin ella. Si descansamos en él, debemos sentirnos atormentados e inquietos por nosotros mismos. Ahora bien, tal sentimiento no puede existir sin producir primero un disgusto de toda nuestra vida; luego la ansiedad y el miedo; y, finalmente, el deseo y el amor a la justicia. Porque el que conoce la bajeza de su pecado y la infelicidad de su estado y condición mientras está alejado de Dios, se avergüenza tanto de ello, que se ve obligado a descontentarse consigo mismo, a condenarse a sí mismo, y a gemir y suspirar con una gran tristeza. Además, el juicio de Dios se presenta de inmediato, para oprimir la conciencia pecaminosa con notable ansiedad, ya que no tiene forma de escapar ni nada que responder en su defensa. Cuando, con tal comprensión de nuestra miseria, podemos gustar la bondad de Dios, entonces deseamos ordenar nuestra vida por su voluntad, y renunciar a toda nuestra vida anterior, para ser hechos nuevas criaturas en él.

Si queremos, pues, comulgar dignamente en la sagrada Cena de nuestro Señor, debemos tener firme y sincera confianza en el Señor Jesucristo como nuestra única justicia, vida y salvación, recibiendo y aceptando las promesas que él nos da como ciertas y seguras; renunciando, por otra parte, a toda otra confianza, para que, desconfiando de nosotros mismos y de todas las demás criaturas, podamos descansar plenamente en él y contentarnos solo con su gracia. Ahora bien, porque esto no puede ser, a menos que

reconozcamos la necesidad de que él nos asista, es de importancia que también nosotros seamos tocados agudamente en el corazón mismo con un verdadero sentimiento de nuestra miseria, para hacernos tener hambre y sed de él. De hecho, ¡qué burla sería venir sin apetito a buscar comida! Ahora bien, para tener buen apetito, no basta con que el estómago esté vacío; Es necesario que esté en buen estado y sea capaz de recibir alimento. De aquí se sigue que nuestras almas deben estar oprimidas por el hambre y tener deseo y ardiente deseo de ser alimentadas, a fin de encontrar su alimento adecuado en la Cena del Señor. Además, es de notar que no podemos desear a Jesucristo sin aspirar a la justicia de Dios, que consiste en la abnegación y la obediencia a su voluntad. Porque es absurdo pretender ser del cuerpo de Cristo mientras nos abandonamos a toda licencia y llevamos una vida disoluta. Puesto que en Cristo no hay más que castidad, benignidad, sobriedad, verdad, humildad y todas las virtudes semejantes, si queremos ser sus miembros, toda impureza, arrogancia, intemperancia, falsedad, orgullo y vicios semejantes deben ser alejados de nosotros. Porque no podemos mezclar estas cosas con él, sin hacerle grave deshonra y afrenta. Siempre debemos recordar que no hay más acuerdo entre él y la iniquidad que entre la luz y las tinieblas. He aquí, pues, cómo debemos acercarnos a él con verdadero arrepentimiento, en el recuerdo de que nuestra vida ha de ser conformada al ejemplo de Jesucristo. Si bien esto debe ser general en todas las partes de nuestra vida, sin embargo, tiene una aplicación especial a la caridad, que se nos recomienda sobre todo en este sacramento; por lo cual se le llama el vínculo de la caridad. Porque así como el pan, que está allí santificado para el uso común de todos nosotros, está hecho de muchos granos tan mezclados que no se puede distinguir uno del otro, así también debemos estar unidos entre nosotros en una amistad indisoluble. Es más: todos recibimos allí el mismo cuerpo de Cristo, para ser hechos miembros de él. Si, pues, tenemos disensiones y discordias entre nosotros, no es nuestra culpa si Jesucristo no está hecho pedazos; y seremos culpables de un sacrilegio semejante, como si lo hubiéramos hecho. Por lo tanto, no debemos presumir en absoluto de acercarnos, si tenemos algún odio o rencor contra el hombre vivo, y especialmente contra cualquier cristiano que pueda estar dentro de la unidad de la Iglesia. Para cumplir completamente la orden de nuestro Señor, debemos traer otra disposición. Es confesar con la boca y testificar cuánto estamos en deuda con nuestro Salvador, y rendirle gracias, no sólo para que su nombre sea glorificado en nosotros, sino también para que otros sean edificados e instruidos por nuestro ejemplo, lo que deben hacer.

Pero como no se hallará en la tierra un hombre que haya progresado tanto en la fe y en la santidad de la vida que no tenga todavía mucha debilidad en una u otra, podría haber peligro de que algunas buenas conciencias se turbaran por lo que se ha dicho, si no se evitara moderando los mandamientos que hemos impuesto acerca de la fe y del arrepentimiento. Es un método peligroso de enseñanza que algunos adoptan, para exigir una perfecta confianza de corazón y una perfecta penitencia, y para excluir a todos los que no los tienen. Porque, al hacerlo, todos quedan excluidos sin excepción. Si así fuera, ¿quién puede jactarse de no haber sido tocado por toda desconfianza? ¿O de no estar sujeto a ningún vicio o enfermedad? Verdaderamente, los hijos de Dios sólo tienen tal fe, que siempre tienen necesidad de orar para que el Señor ayude a su incredulidad. Porque es una enfermedad tan arraigada en nuestra naturaleza que nunca estamos

completamente curados hasta que somos liberados de esta prisión de nuestro cuerpo. Además, caminan en una pureza de vida de tal clase que necesitan orar diariamente tanto por la remisión de los pecados como por la gracia para progresar mejor. Aunque algunos sean más imperfectos y otros menos, no hay nadie que no falle en muchos aspectos. Por lo tanto, la Cena no sólo sería inútil para todos nosotros, sino también perniciosa, si tuviéramos que llevar una integridad de fe o de vida en la que no hubiera nada que criticar. Esto es contrario a la intención de nuestro Señor, porque no hay nada que sea más saludable a su Iglesia. Por lo tanto, cuando sentimos que nuestra fe es imperfecta, y que nuestra conciencia no es tan pura como para no acusarnos de muchos vicios, esto no debe impedirnos presentarnos a la Santa Mesa de nuestro Señor; siempre que en medio de esta debilidad sintamos en nuestro corazón que, sin hipocresía ni engaño, esperamos la salvación en Cristo, y deseamos vivir según la regla del evangelio. Digo expresamente que no haya hipocresía; porque hay muchos que se engañan a sí mismos con vanas adulaciones, haciéndose creer que basta con condenar sus vicios, aunque permanezcan en ellos; o más bien dejarlos por un tiempo, para volver inmediatamente después. Ahora bien, el verdadero arrepentimiento es firme y constante; Por lo tanto, nos hace luchar contra el mal que está dentro de nosotros, no por un día o una semana, sino sin fin ni interrupción.

Cuando sentimos dentro de nosotros una fuerte aversión y odio a todos los vicios, que proceden del temor de Dios, y un deseo de vivir bien para agradar a nuestro Señor, somos aptos para participar de la Cena, a pesar de los vestigios de debilidad que llevamos en nuestra carne. Si en verdad no fuéramos débiles, sujetos a la desconfianza e imperfectos en la vida, el sacramento no nos serviría de nada, y habría sido superfluo instituirlo. Puesto que es un remedio que Dios nos ha dado para ayudar a nuestra fragilidad, para fortalecer nuestra fe, para aumentar nuestra caridad y para favorecernos en toda santidad de vida, por lo tanto, lejos de que esto nos haga abstenernos, debemos hacer uso de él tanto más cuanto más oprimidos nos sentimos por la enfermedad. Porque si alegamos como pretexto para no venir a la Cena, que todavía somos débiles en la fe o en la integridad de vida, es como si un hombre se excusara de tomar medicina porque está enfermo. Así es como la fragilidad de la fe que sentimos en nuestro corazón, y las imperfecciones que persisten en nuestra vida, deben incitarnos a venir a la Cena, como a un remedio destinado a corregirlas. Solo que no vengamos sin fe o arrepentimiento. De éstas, la primera está escondida en el corazón, y por lo tanto nuestra conciencia debe testificar acerca de nosotros ante Dios. La segunda se manifiesta por las obras, y por lo tanto debe ser de alguna manera evidente en nuestra vida.

En cuanto al tiempo de uso, no puede haber una regla cierta para todos. Porque hay ciertos impedimentos particulares que excusan al hombre por ausentarse a sí mismo. Y además no tenemos ningún mandamiento expreso que obligue a los cristianos a hacer uso de él cada día que se les ofrece. Sin embargo, si tenemos cuidado con el fin para el cual nuestro Señor lo destinó, debemos darnos cuenta de que el uso de él debe ser más frecuente de lo que muchos lo hacen. Porque cuanto más nos oprime la enfermedad, más frecuentemente necesitamos recurrir a lo que puede y debe servir para confirmar nuestra fe y hacernos avanzar en la pureza de vida. Por lo tanto, debe estar bien establecida en

todas las Iglesias la costumbre de celebrar la Cena tan frecuentemente como la capacidad del pueblo lo permita. Y cada individuo, en su propio lugar, debe prepararse para recibirla siempre que se administre en la congregación, a menos que haya algún obstáculo grave que lo obligue a abstenerse. Aunque no tenemos un mandamiento expreso que defina la hora y el día, debería bastar con que sepamos que la intención de nuestro Señor es que lo usemos a menudo; de lo contrario, no sabremos bien el beneficio que nos ofrece.

Las excusas que algunos alegan, en cambio, son muy frívolas. Algunos dicen que se sienten indignos, y al amparo de esto se abstienen de ello durante todo un año. Otros, no contentos con preguntarse acerca de su valía, fingen que no pueden comunicarse con las personas que ven venir sin una buena preparación. Algunos, de nuevo, piensan que es superfluo usarlo a menudo, ya que, si una vez hemos recibido a Jesucristo, no hay necesidad de volver tan a menudo después para recibirlo. Pregunto a los primeros, que encubren su indignidad, cómo su conciencia puede permitirles permanecer más de un año en un estado tan pobre, que no se atreven a invocar directamente a Dios. Porque confesarán que es una osadía invocar a Dios como nuestro Padre, si no somos miembros de Jesucristo. Esto no podemos ser, a menos que la sustancia y la realidad de la Cena se cumplan en nosotros. Ahora bien, si tenemos la realidad, somos, a fortiori, capaces de recibir el signo. Es evidente, pues, que el que quiere eximirse de recibir la Cena por indignidad, se prohíbe a sí mismo orar a Dios. Por lo demás, no tengo intención de forzar a las conciencias que están atormentadas con ciertos escrúpulos que se sugieren, no saben cómo; Más bien les aconsejo que esperen hasta que el Señor los libre. Del mismo modo, si hay una causa legítima de impedimento, no niego que sea lícito diferir la venida. Sólo quiero señalar que nadie debe contentarse durante mucho tiempo con abstenerse de la Cena a causa de su indignidad, ya que hacerlo le priva de la comunión de la Iglesia en la que consiste todo nuestro bien. Más bien, que se esfuerce por luchar contra todos los impedimentos que el diablo le pone delante, a fin de no ser excluido de tan gran beneficio y, por consiguiente, de todos los dones de los que la ausencia le privaría.

La segunda clase tiene cierta plausibilidad, pues emplean el siguiente argumento. Si no está permitido comer el pan común con aquellos que se llaman hermanos, pero llevan una vida disoluta y perversa, a fortiori, debemos abstenernos de comunicarnos con ellos en el pan de nuestro Señor, que está santificado para representar y dispensarnos el cuerpo de Cristo. Pero la respuesta no es muy difícil. No es tarea de cada individuo juzgar y discriminar, para admitir o rechazar lo que le parezca bien; ya que esta prerrogativa pertenece generalmente a la Iglesia en su conjunto, o más bien al pastor con los ancianos que debe tener para ayudarlo en el gobierno de la Iglesia. Porque Pablo no nos manda examinar a los demás, sino que cada uno debe examinarse a sí mismo. Es muy cierto que nuestro deber es amonestar a aquellos a quienes vemos que viven desordenadamente, y, si no quieren escuchar, avisar al pastor de ellos, para que actúe con la autoridad de la Iglesia. Pero el modo correcto de retirarse de la compañía de los impíos no es abandonar la comunión de la Iglesia. Además, sucederá con mayor frecuencia que los pecados no sean tan notorios como para justificar la excomunión hasta el extremo. Porque aunque el pastor juzgue en su corazón a un hombre indigno, sin embargo, no tiene el poder de declararlo así, o de prohibirlo de la Cena, a menos que pueda probarlo con un juicio

eclesiástico. En este caso, no tenemos otro remedio que rogar a Dios que libere cada vez más a su Iglesia de todos los escándalos, y esperar el Día Postrero, cuando la paja se separará manifiestamente del buen grano. La tercera clase no tiene ninguna apariencia de plausibilidad. Porque este pan espiritual no se nos da para que en la primera ocasión comamos hasta saciarnos; sino más bien que, habiendo probado alguna vez su dulzura, podamos anhelarla más y usarla cuando se nos ofrezca. Esto es lo que hemos expuesto anteriormente, que mientras permanezcamos en esta vida mortal, Jesucristo nunca se nos comunica de tal manera que nuestras almas estén completamente satisfechas con él, sino que él desea ser nuestro alimento continuo.

IV: ERRORES QUE CORROMPEN EL SACRAMENTO

Llegando al cuarto asunto principal: el demonio, sabiendo que nuestro Señor no dejó nada más provechoso a la Iglesia que este santo sacramento, según su costumbre, se esforzó desde el principio en contaminarla con errores y supersticiones, y en corromper y destruir sus frutos, y no ha cesado de seguir este camino, hasta que ha subvertido casi por completo la ordenanza del Señor, y la ha convertido en falsedad y vanidad. Mi intención no es indicar en qué momento cada abuso tuvo su origen, y en qué momento se ha incrementado. Bastará con indicar bajo diferentes epígrafes los errores que el diablo ha introducido, contra los cuales debemos estar en guardia, si queremos gozar de la Cena de Nuestro Señor en su totalidad.

En cuanto al primer error, mientras el Señor nos ha dado su Cena para que se distribuya entre nosotros, para dar testimonio de que, al comulgar en su cuerpo, participamos en el sacrificio que ofreció en la cruz a Dios su Padre, para expiación y satisfacción de nuestros pecados, los hombres, por el contrario, de su propia cabeza inventó que es un sacrificio por el cual obtenemos la remisión de nuestros pecados ante Dios. Esta es una blasfemia que es intolerable. Porque si no reconocemos la muerte de nuestro Señor Jesucristo como un sacrificio único, por el cual nos ha reconciliado con el Padre, borrando todas las faltas por las que estamos sujetos a su juicio, destruimos su virtud. Si no confesamos que Jesucristo es el único sacrificador, o como comúnmente lo llamamos Sacerdote, por cuya intercesión somos restaurados al favor del Padre, lo despojamos de su honor y le causamos un grave daño. Puesto que, pues, este punto de vista de la Cena, sostenido por algunos, de que es un sacrificio para procurar la remisión de los pecados, se aparta del verdadero punto de vista, debe ser condenado como pernicioso. Ahora que lo hace, derogar es notorio. Porque, ¿cómo podemos conciliar estas dos cosas: que Jesucristo, al morir, ha ofrecido un sacrificio a su Padre, por el cual ha obtenido de una vez para siempre la remisión y el perdón de todas nuestras faltas, y que es necesario sacrificar todos los días para obtener lo que debemos buscar en su sola muerte? Este error no fue desde el principio tan extremo; Pero poco a poco ha ido aumentando, hasta llegar a lo que es. Parece que los antiguos Padres llamaban a la Cena un sacrificio. Pero ofrecieron la razón por la que la muerte de Jesucristo está allí representada. De ahí que lo que dicen es esto, que este nombre se le atribuye únicamente porque es un memorial del sacrificio único, en el que debemos detenernos en seco. Sin embargo, no puedo excusar la costumbre de la Iglesia antigua. En efecto, por los gestos y la manera de actuar, delineaban una especie de sacrificio, como si fuera la misma ceremonia que había en el Antiguo Testamento, excepto que en lugar del animal se usaba pan para la víctima. Debido a que esto se acerca demasiado al judaísmo, no lo apruebo. Porque en el Antiguo Testamento, en el tiempo de los símbolos, el Señor había ordenado tales ceremonias, hasta que se hizo este sacrificio en la carne que es su cumplimiento. Puesto que ha sido perfeccionado, no queda nada más que recibir su comunicación. Por lo tanto, es superfluo simbolizarlo por más tiempo. Este es el significado del orden que Jesucristo nos dejó, no que ofrezcamos o inmolemos, sino que tomemos y comamos lo que ha sido ofrecido e inmolado. Sin embargo, aunque había cierta debilidad en tal observancia, no había tal impiedad como sobrevino más

tarde. Porque lo que pertenece propiamente a la muerte de Cristo ha sido transferido totalmente a la masa, es decir, para satisfacer a Dios por nuestros pecados, y por este medio reconciliarnos con él. Además, el oficio de Jesucristo ha sido atribuido a los que se llaman sacerdotes, es decir, a las personas que se sacrifican a Dios, y al sacrificarse interceden por nosotros y así obtener la gracia y el perdón de nuestras faltas. No quiero disimular las explicaciones que los enemigos de la verdad alegan a este respecto. Dicen que la misa no es un nuevo sacrificio, sino sólo una aplicación del único sacrificio del que hemos hablado. Aunque disfrazan un poco su abominación hablando así, no es más que una mera objeción. En efecto, no se afirma simplemente que el sacrificio de Cristo es único, sino que no se debe repetir, ya que su eficacia perdura siempre. No se dice que Cristo se ofreció una vez al Padre para que otros después de él hicieran la misma oblación, y así nos aplicaran la virtud de su intercesión. Lo que se dice es que ha entrado en el santuario celestial, y que allí se aparece para que nosotros favorezcan al Padre por su intercesión. En cuanto a aplicarnos el mérito de su muerte, a fin de que podamos percibir su beneficio, esto no se efectúa de la manera que piensa la Iglesia papista, sino cuando recibimos el mensaje del Evangelio tal como nos es proclamado por la predicación de los ministros, a quienes Dios ha designado como sus embajadores. y como está sellada por los sacramentos. La opinión de todos ha sido aprobada por todos sus doctores y prelados, de que al oír la misa o hacerla decir, se merece, por esta devoción, la gracia y la justicia delante de Dios. Decimos que para obtener algún beneficio de la Cena, no necesitamos traer nada propio, para merecer lo que buscamos; sólo tenemos que recibir por la fe la gracia que allí se nos presenta, que ciertamente no reside en el sacramento, sino que nos señala la cruz de Jesucristo como su fuente. Así, pues, es evidente que no hay nada más contrario a la verdadera comprensión de la Cena, que hacer de ella un sacrificio tal que nos desvíe del reconocimiento de la muerte de Cristo como un sacrificio único y con una virtud que dura para siempre. Bien entendido esto, parecerá que todas las misas, en las que no hay tal comunión como la instituida por el Señor, no son más que abominación. Porque nuestro Señor no ordenó que un solo sacerdote, después de haber hecho su sacrificio, se mantuviera apartado, sino que quiso que el sacramento se distribuyera en la congregación, a ejemplo de la primera cena que hizo con sus apóstoles. Pero después de que se forjó esta mala opinión, de ella, como de un abismo, ha surgido la triste costumbre de que el pueblo, contentándose con estar presente para participar en el mérito de lo que se está haciendo, se abstenga de comunicarse, porque el sacerdote pretende ofrecer su hostia por todos, y especialmente por los presentes. Omito hablar de los abusos que son tan estúpidos que no merecen atención, como atribuir una misa a cada santo, y transferir lo que se dice de la Cena del Señor a San Guillermo y San Walter, o hacer un mercado común de ellos para la compra y venta u otras villanías semejantes, a las que ha dado lugar la palabra sacrificio.

El segundo error que el demonio ha sembrado para corromper este santo misterio, ha sido forjar e inventar que, después de las palabras pronunciadas con intención de consagración, el pan se transubstancie en el cuerpo de Cristo, y el vino en su sangre. En primer lugar, esta mentira no tiene fundamento en las Escrituras, ni ninguna evidencia de la Iglesia antigua; y, lo que es más, no se puede reconciliar ni armonizar con la Palabra de Dios. Cuando Jesucristo, señalando el pan, lo llamó su cuerpo, ¿no es una construcción

demasiado forzada decir que la sustancia del pan es aniquilada, y en su lugar el cuerpo de Cristo es sustituido? Pero no hay necesidad de relegar el asunto a la duda, ya que la verdad es lo suficientemente evidente como para refutar el absurdo. Dejo en paz los innumerables pasajes de las Escrituras y de los Padres antiguos donde el sacramento se llama pan. Sólo digo que la naturaleza del sacramento exige que el pan material permanezca como signo visible del cuerpo. En efecto, es regla general de todos los sacramentos que los signos que vemos tienen alguna correspondencia con las cosas espirituales que simbolizan. Así como en el bautismo tenemos la seguridad de ser lavados interiormente cuando se nos da el agua como testimonio para limpiar nuestras impurezas corporales, así también en la Cena debe haber pan material, para darnos testimonio de que el cuerpo de Cristo es nuestro alimento. Porque, de otro modo, ¿qué significado podría tener la blancura que la simbolice para nosotros? Vemos, pues, claramente cómo toda la representación que nuestro Señor quiso dar en condescendencia a nuestra flaqueza, se pierde, a menos que permanezca el verdadero pan. Porque el significado de las palabras que nuestro Señor nos pide que usemos es como si se dijera: Así como el hombre se sustenta y se mantiene en lo que se refiere al cuerpo comiendo pan, así mi carne es el alimento espiritual por el cual las almas son vivificadas. Además, ¿qué sería del otro símil que emplea Pablo: Como muchos granos de maíz se mezclan para hacer un solo pan, así debemos estar unidos, ya que todos participamos de un pan? Si sólo existiera la blancura sin sustancia, ¿no sería una burla hablar así? Por lo tanto, sin ninguna duda concluimos que esta transubstanciación es una invención forjada por el diablo, para corromper la verdad de la Cena.

De esta fantasía han surgido otras locuras. ¡Y quiera Dios que no sean más que locuras y no abominaciones groseras! Porque se ha imaginado una presencia local de no sé qué tipo, y Jesucristo, en su divinidad y su humanidad, se ha creído apegado a esta blancura, sin tener en cuenta todos los absurdos que siguen. Aunque los antiguos doctores de la Sorbona discuten con gran sutileza cómo el cuerpo y la sangre se unen a los signos, sin embargo, no se puede negar que esta opinión ha sido recibida por grandes y pequeños en la Iglesia papista, y que hoy se sostiene cruelmente por el fuego y la espada, que Jesucristo está contenido bajo estos signos. y que allí hay que buscarlo. Ahora bien, para sostener esto, es necesario confesar, o que el cuerpo de Cristo no tiene límite, o que puede estar en diferentes lugares. Al decir esto, llegamos por fin al punto en que no parece más que un fantasma. Por lo tanto, querer establecer una presencia tal, que el cuerpo de Cristo esté encerrado dentro del signo, o esté unido localmente a él, no es sólo un sueño, sino un error condenable, que contradice la gloria de Cristo, y destructor de lo que deberíamos sostener acerca de su naturaleza humana. Porque la Escritura nos enseña en todas partes, que así como nuestro Señor Jesucristo en la tierra tomó nuestra humanidad, así la exaltó al cielo, retirándola de su condición mortal, pero sin cambiar su naturaleza. Así que tenemos dos cosas que considerar cuando hablamos de la humanidad de nuestro Señor. No podemos destruir la realidad de su naturaleza, ni menospreciar en absoluto su gloriosa propiedad. Para observar esto correctamente, siempre tenemos que elevar nuestros pensamientos a lo alto, para buscar a nuestro Redentor. Porque si queremos humillarlo bajo los elementos corruptibles de este mundo, además de subvertir lo que la Escritura declara acerca de su naturaleza humana, aniquilamos la gloria de su ascensión. Debido a

que varios otros han tratado este asunto ampliamente, desisto de decir más. Sólo quiero hacer notar de paso que encerrar a Jesucristo fantásticamente bajo el pan y el vino, o unirlo a ellos de tal manera que entretenga nuestro entendimiento allí en lugar de mirarlo en el cielo, es una fantasía perniciosa. A esto nos referiremos en otro lugar.

Ahora bien, esta perversa opinión, habiendo sido una vez aceptada, ha dado lugar a muchas otras supersticiones. Y primero, esta adoración carnal, que no es más que idolatría. Porque postrarse ante el pan de la Cena, y adorar en él a Jesucristo como si estuviera allí contenido, es hacer que un ídolo desplace al sacramento. No tenemos ningún mandamiento para adorar, sino para tomar y comer. Esto, entonces, no debería haberse intentado audazmente. Por otra parte, la práctica siempre observada en la Iglesia antigua era que, antes de celebrar la Cena, se exhortaba solemnemente al pueblo a elevar su corazón a lo alto, para mostrar que no debemos detenernos en el signo visible, para adorar a Jesucristo con razón. Pero no hay necesidad de luchar largamente sobre este punto, cuando la presencia y conjunción de la realidad y el signo, de los que hemos hablado y hablaremos de nuevo, se comprenden bien. De la misma fuente procedían otras prácticas supersticiosas, como llevar el sacramento en procesión por las calles una vez al año, hacer otro día un tabernáculo para él, y todo el año guardarlo en un armario para divertir a la gente, como si fuera un dios. Porque todo esto no sólo ha sido inventado sin la Palabra de Dios, sino que también es directamente contrario a la institución de la Cena, debe ser rechazado por todos los cristianos.

Hemos mostrado la fuente de la calamidad que sobrevino a la Iglesia papista, que el pueblo se abstuvo de comulgar en la Cena durante todo un año; Y esto porque se considera que es un sacrificio, que es ofrecido por uno en nombre de todos. Pero, de nuevo, incluso cuando se usa así sólo una vez al año, se desperdicia miserablemente y, por así decirlo, se rompe en pedazos. Porque en lugar de distribuir el sacramento de la sangre a la gente, como quiere el mandamiento de nuestro Señor, se les hace creer que deben contentarse con la otra parte. De este modo, los pobres creyentes son desgraciadamente defraudados del don que nuestro Señor les había hecho. Porque si no es poco provechoso comulgar en la sangre de nuestro Señor como nuestro alimento, es una crueldad muy grande robársela a aquellos a quienes pertenece. En esto podemos ver con cuánta audacia y audacia tiranizó el papa sobre la Iglesia, cuando una vez usurpó el dominio. Nuestro Señor, habiendo mandado a sus discípulos que comieran del pan santificado en su cuerpo, cuando se acercó al cáliz no dice simplemente: Bebed, sino que añade expresamente que todos deben beber de él. ¿Podríamos tener algo más claro que esto? Dice que debemos comer el pan, sin usar un término universal. Dice que todos debemos beber de la copa. ¿De dónde viene esta diferencia, a menos que quisiera anticipar esta maldad del diablo? Sin embargo, tal es el orgullo del Papa, que se atreve a decir: No todos deben beber. Y para demostrar que es más sabio que Dios, alega que hay buenas razones para que el sacerdote tenga algún privilegio sobre el pueblo, en honor de la dignidad sacerdotal. ¡Como si nuestro Señor no hubiera considerado en absoluto cómo se debe distinguir uno del otro! Además, se opone a los peligros que podrían ocurrir si el cáliz se diera a todos. Podría suceder que de vez en cuando se derramara alguna gota; ¡como si nuestro Señor no lo hubiera previsto! ¿No es esto acusar abiertamente a Dios de confundir el orden que debe observarse y de

poner a su pueblo en peligro sin propósito? Para mostrar que no hay gran desventaja en este cambio, señalan que bajo una especie todo está contenido de modo que el cuerpo no puede separarse de la sangre; ¡como si nuestro Señor los hubiera distinguido insensatamente! Porque si podemos dejar una de las partes como superflua, habría sido una locura recomendarlas por separado. Algunos de sus partidarios, viendo que era insolencia mantener esta abominación, han querido excusarla de otra manera. Dicen que Jesucristo, al instituir la Santa Cena, sólo habló a sus discípulos, a quienes había elevado al rango sacerdotal. Pero, ¿qué responderán a lo que dice Pablo, cuando entregó a todo el pueblo cristiano lo que había recibido del Señor, que cada uno comiera de este pan y bebiera de esta copa? Y, en efecto, ¿quién les reveló que nuestro Señor dio la Cena a sus apóstoles como sacerdotes? Las palabras significan lo contrario, cuando él les ordena seguir su ejemplo. Luego les entrega la regla que quería que se observara siempre en su Iglesia. Así se observaba en la Iglesia antigua, hasta que el Anticristo, habiendo ganado la partida, levantó abiertamente sus cuernos contra Dios y su verdad, para destruirla por completo. Vemos, pues, que es una perversión intolerable dividir y diseccionar el sacramento de esta manera, separando las partes que Dios unió.

Para terminar, comprendemos en un solo artículo lo que podría considerarse por separado. El artículo es que el diablo introdujo la manera de celebrar la Cena sin ninguna doctrina, y en lugar de la doctrina sustituyó las ceremonias, en parte impropias e inútiles, y en parte incluso peligrosas, de las que se ha seguido mucho mal, hasta tal punto, que la misa, que toma el lugar de la Cena en la Iglesia papista, Cuando se define estrictamente, no es más que pura simiosidad y bufonería. Lo llamo simbismo, porque la Cena de nuestro Señor está allí falsificada sin razón, así como un mono, caprichosamente y sin discernimiento, sigue lo que ve hacer. Siendo esto así, lo principal que nuestro Señor nos recomienda, es celebrar este misterio con verdadera inteligencia. De aquí se deduce que la sustancia de todo esto consiste en la doctrina. Quitado esto, no es más que una ceremonia fría sin eficacia. Esto no sólo se muestra en la Escritura, sino que también lo atestiguan los cánones del Papa, en una frase citada de Agustín, donde pregunta; ¿Qué es el agua del bautismo sin la Palabra, sino un elemento corruptible?, y la Palabra no sólo como se pronuncia, sino como se entiende. Con esto quiere decir que los sacramentos toman su virtud de la Palabra, cuando se predica inteligiblemente. Sin esto, no son dignos de ser llamados sacramentos. Ahora bien, la doctrina inteligible de la misa es tan escasa, que, por el contrario, todo el misterio se considera estropeado, si todo no se hace a escondidas, de modo que no se entiende nada. Por lo tanto, su consagración no es más que una pieza de hechicería, ya que, murmurando y gesticulando a la manera de los brujos, piensan constreñir a Jesucristo a descender a sus manos. Vemos, pues, cómo la misa, dispuesta de esta manera, es una profanación manifiesta de la Cena de Cristo, más bien que una observancia de la misma. Porque falta la sustancia propia y principal de la Cena, para que el misterio sea bien explicado al pueblo, y las promesas recitadas claramente, en lugar de que el sacerdote murmure para sí mismo sin sentido ni razón. Llamo bufonería, porque el mimetismo y el gesto que hacían de ella más bien una farsa que un misterio como la Cena de Nuestro Señor.

Es cierto que los sacrificios en el Antiguo Testamento se llevaban a cabo con mucho ornamento y ceremonia. Pero porque había un sentido sano, y todo era adecuado para instruir y excitar al pueblo a la piedad, están lejos de ser similares a los que ahora se usan, que no sirven para otro fin que para divertir al pueblo sin ninguna ventaja. A medida que estos traficantes de masas alegan el ejemplo del Antiguo Testamento en defensa de sus ceremonias, debemos observar qué diferencia hay entre lo que hacen y lo que Dios ordenó al pueblo de Israel que hiciera. Si sólo existiera esto, que lo que se practicaba entonces estaba fundado en el mandato del Señor, mientras que todas sus frivolidades no tienen más fundamento que los hombres, habría una diferencia bastante grande. Pero tenemos más por qué reprenderlos. Porque no es sin razón que nuestro Señor ordenó tal forma por un tiempo, a fin de que algún día llegara a su fin y fuera abrogada. Porque, como entonces no había concedido tal claridad de doctrina, quiso que este pueblo se ejercitase más en los símbolos, para compensarlos de lo que les faltaba en otra dirección. Pero desde que Jesucristo se manifestó en la carne, la doctrina se ha aclarado mucho más y los símbolos han disminuido. Ya que tenemos el cuerpo, debemos renunciar a las sombras. Porque si hemos de volver a las ceremonias que han sido abolidas, debemos reparar el velo del templo, que Jesucristo rasgó con su muerte, y así oscureceríamos la claridad del Evangelio. Así vemos que tal multitud de ceremonias en la masa es una especie de judaísmo, manifiestamente contrario al cristianismo. No tengo la intención de desaprobar las ceremonias que contribuyen a la decencia y al orden público y aumentan la reverencia al sacramento, siempre que sean sobrias y adecuadas. Pero semejante abismo sin fin ni medida es intolerable, ya que dio lugar a mil supersticiones y, por así decirlo, dejó estupefacto al pueblo sin traer ninguna edificación.

Por lo tanto, también podemos ver la diferencia que debe haber entre los papistas y aquellos a quienes Dios les ha dado conocimiento de su verdad. Para empezar, no dudarán de que es un sacrilegio abominable representar la misa como un sacrificio por el cual se nos procura la remisión de los pecados; o más bien que el sacerdote es mediador para la aplicación del mérito de la muerte y pasión de Cristo a los que compran su misa, o asisten a ella, o le conceden devoción. Pero, por el contrario, deben concluir que la muerte y pasión de nuestro Señor es el único sacrificio por el cual se satisface la ira de Dios y se nos procura la justicia perpetua; y luego que el Señor Jesús es entrado en el santuario celestial, para finalmente aparecer por nosotros, e interceder con la virtud de su sacrificio. Por lo demás, concederán de buena gana que el fruto de esta muerte se nos comunique en la Cena, no en absoluto por el mérito del acto, sino por las promesas que se nos han dado, siempre que las recibamos por la fe. En segundo lugar, no deben permitir en absoluto que el pan se transubstancia en el cuerpo de Jesucristo, ni el vino en su sangre; pero debemos insistir en esto, en que los signos visibles conserven su verdadera sustancia para representarnos la verdad espiritual de la que hemos hablado. En tercer lugar, deben tener la certeza de que nuestro Señor nos da en la Cena lo que él significa con ella, y así recibimos realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Sin embargo, no lo buscarán como si estuviera encerrado bajo el pan o unido localmente al signo visible, tan lejos están de adorar el sacramento. Pero más bien elevarán su entendimiento y su corazón a lo alto, tanto para recibir a Jesucristo como para adorarlo. De aquí se deduce que desaprueban y condenan como idolatría todas estas modas supersticiosas, como llevar el sacramento en

solemne procesión o construir para él tabernáculos para su adoración. Porque las promesas de nuestro Señor no se extienden más allá de la utilidad que nos ha dejado. Luego sostendrán que privar al pueblo de una de las partes del sacramento, es decir, del cáliz, es violar y corromper la ordenanza de nuestro Señor, y que, para la recta observancia, ambas deben distribuirse a todos. Por último, considerarán como una superfluidad, no sólo inútil, sino también peligrosa y mal asociada con el cristianismo, el usar tantas ceremonias tomadas de los judíos, más allá de la sencillez que los apóstoles nos dejaron; y que es una perversión aún mayor celebrar la Cena con mimetismo y no sé qué bufonería, sin exponer la doctrina, sino más bien enterrándola, como si la Cena fuera una especie de truco mágico.

V: EL PRESENTE LITIGIO

En cuanto a la disputa que ha sido tan intensamente debatida en nuestro tiempo, un asunto desdichado, que el diablo sin duda agitó para impedir, o más bien interrumpir por completo, el progreso del Evangelio, desearía que su memoria fuera abolida por completo, hasta qué punto estoy de desear relatarla extensamente. Sin embargo, porque veo muchas buenas conciencias turbadas, ya que no saben de qué lado volverse, expondré brevemente lo que me parece un consejo necesario para mostrarles cómo deben decidirse. En primer lugar, ruego a todos los fieles, en el nombre de Dios, que no se ofendan demasiado por la gran diferencia que ha surgido entre los que deberían ser líderes en traer de nuevo la verdad a la luz del día. Porque no es cosa nueva para el Señor dejar a sus siervos en alguna ignorancia y permitirles que discutan entre sí. Y esto, no para dejarlos para siempre, sino solo por un tiempo, para humillarlos. De hecho, si todo hubiera resultado como se deseaba hasta ahora, sin ninguna perturbación, los hombres posiblemente se habrían olvidado de sí mismos, o la gracia de Dios sería menos reconocida de lo que es apropiado. De este modo, nuestro Señor se complació en privar a los hombres de toda causa de gloria, a fin de que sólo él fuera glorificado. Además, si consideramos en qué abismo de tinieblas estaba el mundo, cuando los que han participado en esta controversia comenzaron a sacarnos la verdad, no nos sorprenderá en absoluto que no supieran todo desde el principio. Es más bien de admirar que nuestro Señor en tan poco tiempo los haya iluminado de tal manera, que ellos mismos hayan escapado del fango del error, y así hayan sacado de él a otros que habían estado sumergidos en él durante tanto tiempo. Pero nada mejor que mostrar cómo sucedió la cosa, porque esto hará evidente que no hay en absoluto una ocasión tan grande para ofenderse como comúnmente se cree.

Cuando Lutero comenzó a enseñar, consideró el asunto de la Cena de tal manera que, con respecto a la presencia corporal de Cristo, parecía dispuesto a dejarlo tal como el mundo lo concebía en general. Porque, al mismo tiempo que condenaba la transubstanciación, decía que el pan era el cuerpo de Cristo, en cuanto estaba unido a él. Además, añadió algunos símiles que eran un poco duros y groseros. Pero lo hizo como por obligación, porque no podía explicar de otra manera lo que quería decir. Porque es difícil dar una explicación de un asunto tan elevado sin usar de alguna impropiedad en el habla.

Por otra parte, se levantaron Zwinglio y Ecolampadio, quienes, considerando el abuso y el engaño que el diablo había empleado para establecer una presencia carnal de Cristo como se había enseñado y sostenido durante más de seiscientos años, pensaron que era un error disimular; ya que este punto de vista implicaba una idolatría execrable, en el sentido de que Jesucristo era adorado como si estuviera encerrado bajo el pan. Ahora bien, porque era muy difícil quitar esta opinión, arraigada durante tanto tiempo en el corazón de los hombres, aplicaron toda su mente a condenarla, protestando que era un error muy grosero no reconocer lo que está tan claramente atestiguado en la Escritura, acerca de la ascensión de Jesucristo, que él fue recibido en su humanidad arriba al cielo. donde mora hasta que desciende a juzgar al mundo. Mientras estaban absortos en este punto, se olvidaron de definir cuál es la presencia de Cristo en la Cena en la que se debe creer, y qué comunicación de su cuerpo y de su sangre se recibe allí. De modo que Lutero

pensó que no tenían la intención de dejar nada más que signos desnudos sin ninguna sustancia espiritual correspondiente. De ahí que comenzara a resistir y oponerse a ellos, hasta el punto de denunciarlos como herejes. Una vez que la contienda había comenzado, se inflamó más con el tiempo, y así ha continuado demasiado amargamente durante un período de quince años más o menos, sin que ninguna de las partes escuchara a la otra en un estado de ánimo pacífico. Porque, aunque una vez se juntaron, hubo tal alienación que se separaron sin ningún acuerdo. Entonces, en lugar de encontrarse con buena voluntad, siempre se han retirado cada vez más lejos unos de otros, sin pensar en nada más que en defender su propia opinión y refutar cualquier cosa contraria. Aquí tenemos, pues, la razón por la que Lutero fracasó de su parte, y Ecolampadio y Zuinglio de la suya. Era el deber de Lutero, en primer lugar, dejar claro que no tenía la intención de establecer una presencia local como imaginan los papistas; en segundo lugar, debería haber protestado que no se refería a la Santa Cena para ser adorada en lugar de Dios; y tercero, debería haberse abstenido de los símiles tan duros y difíciles de concebir, o haberlos usado con moderación, interpretándolos de manera que no pudieran causar ofensa. Una vez retomado el debate, se excedió no sólo en declarar su opinión, sino también en culpar al otro con una amargura demasiado aguda en el habla. Porque en vez de explicarse de manera que se entendiera su opinión, con su acostumbrada violencia para atacar a los que le contradecían, usaba formas de hablar exageradas, que ciertamente eran difíciles de soportar para aquellos que de otro modo no estaban muy dispuestos a creer lo que decía. Los otros ofendieron también, al estar tan ansiosos por condenar la opinión contraria de los papistas acerca de la presencia local del cuerpo de Jesucristo como supersticiosa y fantástica, y la adoración que se derivaba de ella como perversa, que trabajaron más para destruir el mal que para edificar el bien. Porque aunque no negaron la verdad, no la enseñaron tan claramente como deberían. Quiero decir que, al esforzarse demasiado en sostener que el pan y el vino se llaman el cuerpo y la sangre de Cristo porque son signos, no se cuidaron de hacer la reserva de que son signos tales que la realidad está unida a ellos; o para protestar que no tenían en absoluto la intención de oscurecer la verdadera comunión que nuestro Señor nos da en su cuerpo y sangre por el sacramento.

Ambas partes fallaron en absoluto en tener paciencia para escucharse mutuamente, a fin de seguir la verdad sin pasión, dondequiera que se encontrara. Sin embargo, no debemos dejar de pensar cuál es nuestro deber. No se trata de olvidar los dones que nuestro Señor les concedió, y las bendiciones que nos distribuye de sus manos y por medio de ellos. Porque si no somos del todo ingratos y olvidadizos de lo que les debemos, bien podríamos perdonarles esto y más que esto, sin culparlos ni difamarlos. En resumen, ya que vemos que se distinguieron y se distinguen por su vida santa y excelente ciencia y por su celo conspicuo por edificar a la Iglesia, debemos juzgar y hablar siempre con modestia y reverencia; sólo porque ha agradado a Dios al fin, habiéndolos humillado de esta manera, poner fin a esta desdichada disputa, o al menos calmarla, en previsión de que se resuelva del todo. Digo esto porque todavía no hay una fórmula publicada en la que se haya enmarcado el acuerdo, como sería conveniente. Pero esto sucederá cuando Dios se complazca en reunir en un solo lugar a todos los que han de redactarlo. Mientras tanto, debe contentarnos con que haya fraternidad y comunión entre las Iglesias, y que todos estén de acuerdo en lo que es necesario para reunirse, según el mandato de Dios.

Confesamos, pues, todos a una sola boca que, al recibir el sacramento con fe, según la ordenanza del Señor, somos verdaderamente hechos partícipes de la verdadera sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Cómo se hace esto, algunos pueden deducir mejor y explicar más claramente que otros. Pero sea como fuere, por una parte, debemos dejar fuera todas las fantasías carnales, elevar nuestros corazones al cielo, no pensando que nuestro Señor Jesucristo está tan humillado como para estar encerrado bajo cualquier elemento corruptible. Por otra parte, para no disminuir la eficacia de este sagrado misterio, debemos sostener que se realiza por la virtud secreta y milagrosa de Dios, y que el Espíritu de Dios es el vínculo de participación, por lo que se le llama espiritual.

LIBROS DE MONERGISMO

Un discurso sobre el amor evangélico, la paz de la iglesia y la unidad por John Owen,
Copyright © 2020

Todos los derechos reservados bajo las Convenciones Internacionales y Panamericanas de Derechos de Autor. Mediante el pago de las tarifas requeridas, se le ha otorgado el derecho no exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro electrónico en pantalla. Ninguna parte de este texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, sometida a ingeniería inversa o almacenada o introducida en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, en ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, ahora conocido o inventado en el futuro, sin el permiso expreso por escrito de Monergism Books.

Ediciones ePub y .mobi Enero 2020 Las solicitudes de información deben dirigirse a: Monergism Books, PO Box 491, West Linn, OR 97068